GOLPES EN EL CUARTO TRASTERO

por Martín Antonino

***Como oscuros y lejanos impactos,
los misteriosos golpes parecían
provenir de una ignota fragua
perdida en un remoto subterráneo.***

Lo que sigue es la enumeración de ciertos acontecimientos dudosos que ocurrieron el año pasado, aquí mismo, en la capital, y tuvieron como protagonista a una mujer ya madura, digamos que rondaría los cuarenta años, de buen aspecto —seguramente se podría afirmar que era particularmente atractiva—, alta, siempre bien maquillada y con un destacable buen gusto para sus perfumes: aromas discretos y marchitos que dejaban un rastro de delicadeza por los lugares que transitaba o donde permanecía.

*** * ***

Un Seat 600 extrañamente bien conservado penetró por las calles de la arboleda colonia de Santa Lucía al anochecer del 15 d octubre de 1979. Era un barrio de hotelitos de una o dos plantas, con un pequeño jardín y un estado de conservación variable según la prudencia de sus ocupantes. El Seat 600 se detuvo delante de uno de estos hotelitos, el último de una calle que desembocaba a un enorme solar embarrado a causa de las últimas lluvias. La mujer a quien he aludido más arriba descendió del coche, y tras despedirse del hombre que lo conducía —un compañero de trabajo que vivía cerca de la colonia— y darle las gracias por llevarla hasta su casa, se dispuso a penetrar en la vivienda. Era una sola planta y el jardín mostraba un aspecto triste y abandonado. La mujer no tenía tiempo de cuidarlo: culebreando sobre el césped reseco se veía una manguera verde que había comprado para regar. Lo había hecho un par de veces en todo el año; no amaba aquellos menesteres, esa es la verdad. Era una criatura del asfalto, nada proclive a la jardinería, y su universo preferido se hallaba en las avenidas cruzadas por autobuses, las cafeterías tibias llenas de gente y las tiendas bonitas del centro. La casa estaba fría, y a pesar del buen gusto de aquella mujer, reflejado en un mobiliario sencillo, pero acogedor, y en los divertidos complementos decorativos (que proporcionaban al piso esa calidez aseada propia de los apartamentos de muchas chicas solteras), persistía en las habitaciones un ambiente húmedo y una temperatura baja, especialmente intolerable en invierno. Es lo que ocurre en casi todos los chalets de una planta: el contacto directo con el suelo y unos muros exteriores expuestos a las inclemencias del tiempo, sin la protección de otras edificaciones colindantes, dan lugar a un clima interior generalmente nada agradable.

La mujer se cambió de ropa y comió algo. Después se sentó en el sofá del saloncito-comedor para ver la televisión. Sólo una lámpara de mesa, en un rincón de la estancia, iluminaba agradablemente la pieza, dotándola de una sosegante tonalidad anaranjada. Había encendido una pequeña estufa eléctrica y, poco a poco, el ambiente fue adquiriendo esa temperatura caldeada que adormece a una persona cansada después de un día de trabajo y le induce a pensar, reacomodándose en un rincón del sofá, que allí se está del todo a gusto. Simultáneamente sobreviene una invencible pereza, y cuando termina la programación de TV aún te queda un rato sentado, frente a los vibrantes puntitos de la pantalla, sumido en una cálida somnolencia y considerando como un ejercicio ingrato el hecho de levantarte y salir al frío pasillo para dirigirte a la cama. Justamente entonces oyó por primera vez los golpes. Al principio le parecieron rumores habituales, no identificables, desde luego, pero fácilmente atribuibles a los múltiples fenómenos sonoros que se producen en una ciudad grande a todas horas. Luego, cuando apagó el televisor y la casa se quedó en silencio, comprendió que aquellos golpes extraños se producían en un lugar próximo, quizás en una habitación de la propia casa que habitaba. No era una mujer miedosa, por eso restringió su respiración por unos momentos para escuchar mejor.

Los golpes provenían del otro lado del pasillo, al parecer de la única habitación descuidada de la vivienda, un cuarto trastero donde iba arrinconando todos esos desechos inútiles de una casa que, sin embargo, se conservan durante años nadie sabe por qué. Se trataba de oscuros y lejanos impactos procedentes del

subsuelo. Se dirigió a la habitación desván y penetró en ella. Una bombilla mortecina iluminó una estancia triste llena de trastos. Se situó en el centro. Sí, bajo el pavimento de mosaicos desgastados, como si proviniesen de una ignota fragua perdida en un remoto subterráneo, escuchó los golpes: retumbantes ecos periódicos que llegaban hasta ella en la noche, sugiriendo la presencia de una misteriosa actividad clandestina en las profundidades, propia de malhechores que trabajasen como topos al fondo de la tierra. Un efluvio súbito de calor le subió hasta las sienes, porque también, inopinadamente, sintió como si aquellos golpes nocturnos que llegaban desde el seno de la tierra, fueran una llamada a su conciencia dormida haciéndoles rememorar una execrable mañana del pasado.

Terminó atribuyéndolo a causas normales, trabajos en los colectores o cualquier otro tipo de actividad, probablemente municipal, perfectamente definible. Se durmió pronto. Soñó con el rostro del niño: quizá sonreía aún antes de que ella apartase sus ojos transidos por el horror de aquella carne rosada, la última vez que le miró una lejana mañana brumosa hacía veinticinco años.

Era recepcionista en unas oficinas. Trabajaban en un majestuoso piso ocupado por una empresa de seguros. Se abría la puerta de madera tallada del piso y se accedía a un amplio recibidor entarimado. Ella estaba allí, tras un mostrador beige, junto a una centralita. Era casi rubia y llevaba el pelo recogido atrás en un moño discreto. Tenía la piel clara de una inglesa, y eso, junto al tono dorado de su cabello, deparaba la ilusión de que emanaba una tibia luminosidad. Tan sólo fijándose más atentamente en su rostro, se detectaba una sombra de tristeza al fondo de sus ojos dulces. Era esa clase de personas que, aún en los momentos de mayor optimismo, cuando parece que están locas de alegría, son traicionadas por una mirada inerte, una estática opacidad de las pupilas que advierten sobre hecho anó0malos y desgraciados acaecidos en un pasado incierto de su existencia, acontecimientos infortunados que han detenido el curso normal de la alegría. Miró el calendario que tenía colgado en la pared, sobre la centralita. Buscaba otra fecha, pero no pudo evitar que sus ojos se detuvieran en el 18 de octubre. Ese día, miércoles en concreto, se cumplirían veinticinco años. Un aniversario abominable, ya que, pese al tiempo transcurrido, prevaleciendo sobre un cuarto de siglo de viajes en ferrocarril, urbes extrañas, pisos solitarios y centralitas de oficinas, aún permanecía en su memoria, vivamente impreso, el recuerdo de la mañana húmeda en que sus ojos se quedaron helados para siempre. Apartó la vista del calendario y trató de ahuyentar de su recuerdo la imagen del niño, de su semblante quizás aún tranquilo; alguien que había pasado a la oficina le preguntó algo...

Aquella noche volvió a oír los golpes. Sintió miedo; nadie sabía nada de obras en el alcantarillado o sobre cualquier otra clase de trabajos subterráneos. Estuvo mucho rato en ele desván, bajo la luz luctuosa de la bombilla, conteniendo la respiración y escuchando aquellos reiterados impactos procedentes del subsuelo, ecos profundos cargados de resonancias arcanas. Sólo que aquella noche parecían escucharse más próximos, como si un infatigable topo humano, horadando con su mazo galerías secretas, se fuese aproximando poco a poco a la superficie. Y era curioso o espectral que aquellos golpes, cada uno de ellos, le produjeran violentas señales que alertaban su memoria trayéndole necesariamente al recuerdo el remoto amanecer nublado en que miró al niño por última vez, cuando él quizá permanecía aún tranquilo y ella apartó los ojos para siempre de su carne .

El domingo, hacia las cuatro, vino su amiga Laura a tomar café. Era una mujer de su edad, mucho menos diestra a la hora de elegir sus perfumes, pero buena chica al fin y al cabo. Tomaron pastas de almendras y mantuvieron esa clase de conversación baladí, pero muy amena, que transforma los acontecimientos políticos, por ejemplo, o cualquier otro suceso público, en una cuestión de estética, y se comenta con desenfado, a raíz del último discurso del jefe de los socialistas en el Congreso, todo lo que ha engordado durante las vacaciones, afeándole ostensiblemente, hecho que, en cierta medida, descalifica su trabajo. Y la verdad es que esa interpretación de las cosas tal vez resulte correcta, pues probablemente quien descuida la curva de sus mofletes quizás esté atravesando horas bajas que dan lugar, también, a ideas menos atractivas. Hacia las seis comenzaron a oírse los golpes en el cuarto trastero. Al cabo de un rato, Laura preguntó « ¿qué es eso?», ya que los impactos eran perfectamente audibles desde el saloncito-comedor, y Julia respondió « pues no losé, hace días que los oigo; supongo que deben estar de obras en el alcantarillado o cosa así». « Eso es imposible —respondió Laura— hoy es domingo y el Ayuntamiento nunca fue tan celoso de sus obligaciones como para trabajar en día de fiesta.»

A las siete se marcharon al cine y vieron la película *Kramer contra Kramer*, y cuando Julia regresó ya sola, apenas abrió con el llavín la puerta de la casa, escuchó los ruidos de nuevo. Ahora se había desvanecido su valor habitual, porque aquellos sonidos, día a día más intensos, localizados en la habitación de los trastos, se habían transfomado tomando otro carácter. No sólo se oían cada vez más próximos a la superficie, también habían perdido su tono retumbante y profundo para escucharse más nítidos, carentes de eco o resonancia, golpes secos, como llamadas a una puerta, que se acompañaban de un siniestro rumor añadido, como si un animal excavador arañase en el seno de la tierra buscando una salida. No pudo dormirse hasta muy tarde, sobrecogida en la cama, atenta al insólito fenómeno en una inquieta duermevela, atrapada por la imagen persistente del niño al fondo de su .

El día 17 de octubre estuvo todo el día agobiada por los recuerdos y el temor de regresar a casa. A la siete, cuando el reluciente Seat 600 la dejó en la puerta del hotelito, le dijo a su acompañante:

—Pasa conmigo, quiero que veas algo... Necesito que me des tu opinión.

Su compañero, un chico más joven que ella, con gafas, bigote fino y pelo rizado, se quedó sorprendido. Por un momento pensó que Julia buscaba algo con el; una mujer madura y atractiva, que se aburre en su

chalet sin acompañante conocido... Luego concluyó que eso no podía ser. Bajó del coche y la siguió a través del húmedo jardín. Antes de que ella abriese la puerta, él pudo escuchar los golpes extraños. Le condujo por el pasillo hasta la habitación que le servía de desván Encendió la bombilla mortecina. El chico estaba asustado; era un tipo con bigotito y gafas particularmente timorato. Los golpes se escuchaban casi a flor de tierra, continuados y potentes. Ahora parecían ya otra cosa; esas llamadas secas e impacientes que resuenan en cualquier puerta a horas intempestivas evocando la presencia de un espectro que llega de ultratumba para cumplir una sórdida promesa hecha en vida.

—Pero, ¿qué ocurre?

—No lo sé, no lo sé... Por eso te he traído. ¿Qué te parece a ti que puede ser?

—Es un ruido muy raro; obras en el subsuelo, tal vez...

—¿Obras a estas horas? Estoy alarmada, asustadísima... Esos golpes no..., no son identificables con nada... Son otra cosa...

—Bueno, sí; no sé que decirte...

—Los oigo desde hace varios días y me tienen los nervios deshechos...

La voz de Julia se quebró en ese momento e, imprevisiblemente, rompió en desconsolados sollozos que no podía contener, como si se hubiese producido el desbordamiento de una congoja retenida desde hacía tiempo, que ahora se manifestaba en un llanto ruidoso. Su figura, de pie, encogida y tibia, resultaba conmovedora. El chico de las gafas y el bigote no sabía qué hacer; bueno, quería marcharse de allí, de una habitación tétrica y de unas circunstancias que le alarmaban y le confundían. Así pues, tras esperar a que ella se tranquilizase, pronunció algunas frases confusas que, evidentemente, delataban su deseo de desaparecer: Julia le dijo que ya se encontraba bien y que se marchara. Aquella noche no durmió nada.

En la oficina, al otro día, el sueño se hizo insoportable en algunos momentos, y su aspecto abatido, acentuado por unas llamativas ojeras, impulsaron a varios de sus compañeros a preguntarle «¿qué te pasa?». Era 18 de octubre, una fecha que no es exagerado calificar de espeluznante. Se cumplían veinticinco años desde el amanecer melancólico en que le niño desapareció, cuando ella era lo suficientemente joven como para no entender nada. Llamó a su amiga Laura.

—Quiero verte esta tarde… Es muy importante.

—¿Dónde quedamos? —se oyó la voz de la amiga al otro lado del teléfono.

La cita se concretó en una cafetería de la hacer impar de la Avenida Central. Era un lugar decorado de verde, donde se reunían señoras de edad media a tomar cafés con leche y chocolates con pastas. Julia tenía los ojos enrojecidos por el sueño y el llanto. Después de los primeros trámites coloquiales, le contó a Laura una historia de la que omito los pormenores (otra cosa sería caer en indelicadeza con el lector) para ofrecer tan sólo el resumen de un suceso que no protagonizó ella por primera vez, ni dejará de producirse en días amargos teniendo como escenario esos parajes solitarios de nuestro planeta donde ciertos hombres obcecados se agazapan para llevar a cabo sórdidos crímenes.

—Me quedé embarazada a los quince años. Tuve al niño. Di a luz en mi casa ayudada por mi madre de forma clandestina. Nadie lo supo. Me sentía morir de desolación: mi padre me había maltratado mucho. El 18 de octubre de 1954, apenas pude levantarme, me incorporé de la cama ofuscada por la angustia y el desconcierto. No sabía lo que hacía, te lo juro; estaba loca. Era una mañana fresca de otoño; la niebla cubría la ciudad donde viví hasta entonces. Metí al niño en un cesto de la compra. No lloraba. Atravesé la ciudad cubierta por la luz del alba. Caminé hasta el campo, un paisaje estepario reblandecido por la humedad de la bruma. Avancé por eriales llenos de desechos hasta donde llegaban los ecos de la ciudad amortiguados por las nubes bajas. La tierra estaba húmeda y blanda. Hice un agujero con las manos. Saqué el niño del bolso: estaba tranquilo, miraba a un punto incierto del espacio, de los celajes agrisados que me ocultaban a cualquier mirada. Lo metí en el agujero. Oí nítidamente todos los ruidos del campo en silencio, como si, en un instante, mi oído se hubiese afinado para detectar pequeños chasquidos, roces inconcretos, el par de invisibles gorriones perdidos entre la niebla… Luego eché tierra, mucha tierra embarrada sobre el hoyo, aquejada de una alucinante exaltación nerviosa…

La cafetería parecía haber enmudecido cuando Julia rompió en un llanto desbordado. Laura estaba atónita. Algunas de las señoras que merendaban la miraron.

—¿Y después? —dijo Laura.

—Oh, no he podido olvidar la cara del niño, no he podido… Estoy desquiciada de remordimientos… Le quiero, le quiero…

—¿Qué hiciste después?

—Continué caminando… No he vuelto jamás a casa. Nadie ha debido descubrir lo sucedido y ellos quizá no denunciaron mi desaparición. Ahora tengo miedo de esos golpes que se oyen en mi casa… Y en este día… Por favor, déjame dormir una temporada en tu apartamento; no puedo soportar las noches en soledad…

—Desde luego que sí —se ofreció inmediatamente Laura—. Vente ahora mismo si quieres… Tengo cama, aunque me faltan mantas, pero podremos arreglarnos…

—No te preocupes por eso; iré a casa a recoger lo que sea necesario.

Permanecieron en la cafetería hasta las diez, mientras Julia accedía a puntualizar cuantos detalles rastreó la sobrecogida Laura sobre una historia espantosa que le parecía más bien un sueño. Después de contar aquello, Julia parecía mucho más tranquila; estaba relajada, mostrando ese sosiego que sobreviene tras superar un tiempo de peligros o angustias extremadas.

Cuando salieron de la cafetería, Laura se marchó hacia su piso para ir preparando algo de cena y el cuarto donde Julia dormiría, mientras ésta, tras atravesar la avenida, penetró en su barrio y se dirigió hacia el chalet a fin de recoger una manta y sus útiles de aseo personal. Conforme se acercaba al hotelito le pareció oír los golpes amedrentadores resonando en el interior de la casa. Permanecería dentro un instante tan sólo, el tiempo imprescindible para recoger sus cosas; después, un taxi la alejaría, quizá para siempre, de aquella vivienda que, en unos pocos días, se había convertido en un lugar aborrecible.

Los golpes eran nítidos, y los escuchó resonando con tanta violencia bajo el suelo del cuarto trastero, que, por un momento, se detuvo turbada en el umbral de la casa, inmovilizada por la presencia de un fenómeno que ya no consistía en ruidos de dudosa identificación, sino en la evidencia de que *algo* o *alguien* muy concreto golpeaba debajo de las baldosas tal vez queriendo emerger al exterior. Al fondo del pasillo estaba su dormitorio; a la izquierda, a la mitad del trayecto, se abría la puerta del desván. Encendió la luz del corredor y lo atravesó corriendo. Sacó una manta del armario situado en su alcoba moviéndose con precipitación. En ese momento oyó un sordo crujido en el cuarto del que provenían los golpes. Ya no eran golpes. Como si el pavimento se agrietase presionado por una fuerza procedente del subsuelo, pudo advertir con claridad el sonido de baldosas removidas, el rumor del suelo quebrándose, roto finalmente por *aquello* que había ido ascendiendo poco a poco hasta aflorar en su casa. Entonces avanzó despacio, superado el terror por la necesidad instintiva de conocer *qué cosa* había llegado hasta allí desde el infierno. Se asomó al cuarto. A la luz del pasillo vio cómo en el centro de la habitación había surgido un abultamiento que crecía despacio produciendo ruido de escombros, haciendo caer a su alrededor baldosas rotas, trozos de cemento y tierra negra: una forma pequeña y lívida emergía del suelo, una cabeza infantil manchada de tierra húmeda, el rostro extremadamente pálido de un niño de pocos días, quizá de una semana a lo sumo, que, como empujado por una fuerza subterránea, brotaba despacio desde las profundidades de la tierra, con los ojos abiertos y la expresión tranquila, mirando mudo a un horizonte inconcreto, tal vez a ella, posiblemente descubriendo absorto a Julia, cuando habían cesado los golpes y cualquier otro ruido y sólo se escuchaban, en el tenso silencio de la noche, débiles gruñidos intermitentes procedentes de aquella espantosa aparición, esos ruiditos encantadores que emite un bebé sosegado cuando en el confuso panorama de su universo descubre el rostro de su madre…

* * *

Laura la estuvo esperando mucho tiempo. Cuando fue a buscarla y la policía forzó la puerta del hotelito, la encontraron en el cuarto trastero, muerta sobre un montón de escombros, abrazada con fervor al cadáver de un recién nacido que mostraba una extraña expresión de dicha.